

COMENTARIO DEL LIBRO: *EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO. EL SEXO COMO LOCURA*, DE MARÍA ISABEL GAMBOA BARBOZA

Paulina Malavassi

No podríamos empezar nuestra reseña sin señalar que estamos en presencia de una obra de contenido polémico en una sociedad mojigata, coercitiva y homofóbica. Y es que esta no es una propuesta que analice de forma convencional la locura al interior de una institución hospitalaria, sino que examina la locura ligada al sexo, pero no al que se tiene socio-culturalmente como normal, sino al practicado entre personas del mismo sexo, lo cual les hace ganar la etiqueta de enfermos mentales en el Hospital Nacional Psiquiátrico (HNP), susceptibles de ser curadas mediante la aplicación de variadas prácticas y tratamientos, independientemente de la legitimidad y actualidad que entre la comunidad científica puedan tener tales medios terapéuticos.

En consecuencia, la Máster Isabel Gamboa nos presenta un trabajo poco convencional, que no relata la clásica historia de una institución, conclusión precipitada a la que se podría llegar si sólo se lee la primera parte del título, sino que se enfoca en el análisis de los procesos de toma de decisiones del personal hospitalario, enfatizando en el caso del personal psiquiátrico en función de lo que corrientemente se ha dado en llamar “desórdenes sexuales”. Por ende, la esencia de la obra radica en reflexionar sobre los fundamentos que sustentan ese proceso de toma de decisiones.

Antes de hacer referencia sobre los principales aspectos de contenido, es necesario destacar rápidamente algunas cuestiones de forma. A pesar de la cadena de inconvenientes enfrentada para llevar a buen puerto la publicación, la edición fue cuidada con esmero, engalanando su portada una pintura de María Florez-Estrada, la cual evoca el abandono propio del destierro en medio de los laberintos de la mente. Como motivación para el público lector, el libro está muy bien recomendado, ya que es introducido por Joan Vendrell Ferré y David Díaz los dos lectores de la tesis de posgrado que dio vida a la obra, y por la Dra. María Pérez vicerrectora de Acción Social de la Universidad de Costa Rica. Las tablas y los gráficos están muy bien pensados con el propósito de apoyar la argumentación central, sin obstaculizar la lectura fluida. Finalmente, la obra está lógicamente organizada en cuatro capítulos y un apartado de conclusiones generales, que en su conjunto resultan lo suficientemente abarcadores para resolver la problemática inicial.

Ya entrando en materia, el libro parte de la idea de que durante mucho tiempo la psiquiatría implementó variadas herramientas para diagnosticar la homosexualidad y el lesbianismo, apelando a una serie de particularidades físicas, de comportamiento y de pensamiento opuestas a la heterosexualidad considerada como la norma. Pero desde la década de 1970 la percepción de la psiquiatría empezó a cambiar ante las presiones de las agrupaciones defensoras de los derechos de los homosexuales y las lesbianas, dejándose de

encasillar ambas identidades como trastornos mentales. Tales cambios fueron inicialmente asumidos por la American Psychiatric Association (APA) y casi dos décadas después por la Organización Mundial de la Salud (OMS), antes encargados de dictar las normas a seguir en materia de clasificación de enfermedades. No obstante según Gamboa, en Costa Rica los cambios operados en los centros de poder han tenido una incidencia minúscula, ya que, abierta o solapadamente y sobre una fuerte base religiosa, todavía se apela a terapias “reparativas” de dudoso valor científico. A partir de este argumento la autora demuestra cómo, todavía en pleno siglo XXI, en el HNP la homosexualidad y el lesbianismo se siguen diagnosticando como trastornos mentales, aplicándose tratamientos para corregirlos, cuando tal patologización ha sido oficialmente superada. Con base en todos estos elementos, Gamboa se enfoca en el estudio de los factores que posibilitan la perpetuación de la homofobia al interior del HNP, sin dejar de lado las bases socio-culturales sobre las que la misma se construye.

Uno de los aspectos más trascendentes del trabajo radica en la dilucidación de los elementos que permiten a la psiquiatría legitimar y consecuentemente perpetuar la norma heterosexista, no sólo en el nivel institucional sino también socio-cultural, porque termina justificando una serie de estereotipos en contra de los homosexuales y las lesbianas, donde el psicoanálisis juega un papel de primer orden al apostar por lo anormal en vez de contribuir a la construcción de un marco explicativo múltiple de la sexualidad. Ligado con lo anterior y dentro de un esquema de legitimación de la homofobia, la autora aborda de una forma bastante convincente el estudio del binomio Iglesia Católica–Estado confesional con el propósito de establecer los lineamientos sobre los que se fundamenta lo que ha de entenderse por “normal” en materia de sexualidad en nuestra sociedad.

La minuciosa investigación de Isabel Gamboa, aparte de ser temáticamente novedosa está, teórica y metodológicamente, muy bien lograda. Teóricamente el trabajo es deudor de los aportes de Michael Foucault, Pierre Bourdieu, Agnes Heller y Ferenc Fehér, entre otros, pero resulta muy llamativo el uso que se hace de los estudios subalternos para abordar la problemática inherente a la construcción de las identidades sexuales. Metodológicamente la obra es consistente, siendo muy sugerente el uso que se hace del análisis crítico de discurso desarrollado por Teun van Dijk, así como de la prosopografía, la entrevista en profundidad y las representaciones sociales. En su conjunto, la propuesta de Gamboa articula un modelo analítico de corte cualitativo, novedoso y de funcionalidad comprobada que marca la pauta para el enfrentamiento de temáticas similares en el futuro, patrón que la investigadora no halló, pero que fue capaz de construir gracias a su formación en sociología e historia.

Es esa dual formación la que le permite a Gamboa romper una serie de tabúes en torno a lo que los y las profesionales de la historia deberíamos abordar en nuestro taller, porque: 1) Se encara un tema controversial para el grueso de la sociedad y poco atendido por los historiadores; 2) Se recurre a una materia prima poco convencional como son los expedientes médicos; 3) Se traspasa la frontera de 1950 tan cara a la mayoría de los y las profesionales de la historia en nuestro medio.

El uso de los expedientes médicos a lo largo de todo el estudio es sumamente discreto, no hay morbo de por medio, desgranando la autora el contenido de los mismos en función de los objetivos de su investigación, sin caer en citas demasiado extensas que desvíen

la atención del lector del foco central de la investigación. Sin embargo, los expedientes constituyen una fuente parcializada porque son el fruto de una relación de poder, no de una relación negociada entre las partes. En consecuencia, el narrador omnisciente que implícitamente está presente en cada expediente, refleja más la visión de mundo del profesional de la enfermería o de la psiquiatría que del paciente. Manifiestamente la autora es consciente de las debilidades de esta fuente, por lo que leyendo entre líneas intenta percibir el punto de vista de la contraparte. Pero qué interesante hubiera sido lograr acercarse a ese ser humano de carne y hueso, impasiblemente llamado “paciente”, e interpelarlo por sus experiencias tanto en el hospital como en su vida cotidiana, sueño desdichadamente prácticamente imposible de materializar.

Más allá de los expedientes médicos, el universo de fuentes es lo suficientemente variado como para dejar claro tanto el punto de vista de las instituciones encargadas de reglamentar el ejercicio de la sexualidad en el plano interno y externo (Iglesia Católica, Estado, APA, OMS), como de aquellos grupos que desde la sociedad civil enarbolan la bandera de la diferencia, sin dejar de lado, por supuesto, las tensiones entre todos esos bandos.

La obra está totalmente anclada en el presente, característica en la cual reside su principal aporte social, al contribuir cautelosamente a la conformación de una sociedad más inclusiva y tolerante, sociedad idílica difícil de materializar cuando se revela la existencia de una institución con un fuerte peso en el imaginario social, el Hospital Nacional Psiquiátrico, que continúa etiquetando como anormales conductas que en otras instancias hace mucho dejaron de serlo.

La investigación se inserta en el contexto de una interminable discusión sobre lo que debe considerarse “normal” en una sociedad fuertemente permeada por ideales religiosos claramente excluyentes de la pluralidad. Bajo esa perspectiva, Gamboa deja clara la brecha existente entre los avances en la psiquiatría como disciplina y el entorno cultural del psiquiatra, el cual en gran medida determina sus acciones más que los manuales mismos, que de por sí no son tan bien conocidos por los profesionales a los que van dirigidos, al menos en sus versiones más actualizadas, según deja entrever el libro, lo cual repercute en la solidez y homogeneidad de los diagnósticos vertidos. Pero independientemente de los manuales y de las clasificaciones remozadas o añejas sobre las enfermedades mentales, lo cierto es que lo culturalmente interiorizado sobre la sexualidad es una carga muy difícil de abandonar, incluso hasta por quienes se asumen como homosexuales y lesbianas.

El HNP viene a ser una institución donde se suman y reproducen los discursos discriminatorios imperantes en la sociedad costarricense, donde los psiquiatras, asemejando a un tribunal, fallan contra una persona, amparados más en un utillaje cultural de fuerte raíz religiosa, más que científica. Curiosamente religión y psiquiatría no compaginan, pero las ideas de la primera, transmitidas y reforzadas por el sistema educativo, se constituyen en una carga difícil de renunciar para el psiquiatra. En esencia, la obra logra poner el dedo en la llaga, al cuestionar todos los soportes del discurso psiquiátrico, demostrándose el enorme peso de los prejuicios socio-culturales en el mismo. Bajo esta premisa, el psiquiatra no es más que un productor/reproductor de las relaciones de poder imperantes.

Proyectando la investigación hacia el futuro, este trabajo sobre el hospital psiquiátrico vendría a ser sólo un pretexto, el roturador que permitiese a nóveles investigadores e investigadoras empezar el abordaje de otros temas igualmente densos y complejos, ya que lo que sucede en el hospital se reproduce en escalas menores y mayores. Menores como las consultas externas o privadas. Mayores en el sistema educativo, en las relaciones laborales y familiares, así como en todos los planos de la vida social donde la homofobia tiende a dictar la pauta sobre lo que ha de entenderse como normal. Además, el libro en su conjunto pone sobre la mesa de discusión, no sólo el papel de la psiquiatría como medio de dominación social, sino de las ciencias médicas como un todo y de sus ramas auxiliares como el trabajo social.

Toda investigación, por más solvente que sea, siempre deja una serie de interrogantes en el público lector, y el trabajo de la Máster Gamboa no es la excepción. Por una parte, el lesbianismo amerita un estudio mayor, en el sentido de que la obra gira principalmente en torno a la homosexualidad, lo cual es una distorsión derivada de las fuentes, más concentradas en el mundo sexual de los hombres, no obstante, quedan dudas con respecto al trato dado a las lesbianas, en una institución donde, según la autora, el sistema enfatiza en el trato discriminatorio hacia el hombre “afeminado”, siendo más benevolente con la mujer “machorra”. Pero esta es una presunción que no queda del todo demostrada en la obra. Por otra parte, el análisis exhaustivo de los medios de comunicación como legitimadores y difusores de la homofobia, pero también del sistema educativo, yendo más allá de las guías sexuales y libros de texto, que ya han sido estudiadas por Gamboa en otros trabajos, es primordial para abordar cómo se vive la homofobia en la escuela o el colegio, es decir, qué se permite y hasta dónde, qué se censura y sobre qué bases se actúa. Con ambas inquietudes lo que deseamos es resaltar la necesidad de darle continuidad a los estudios, que como este, ayudan a dilucidar las formas a través de las cuales se manifiesta y reproduce la homofobia en nuestra sociedad. Finalmente, la investigación deja una duda con respecto a las discusiones, formales o informales, que en nuestro medio hayan podido darse en torno a la homosexualidad como limitante ético para el ejercicio de la psiquiatría.

Al estar en presencia de un producto académico que responde con creces a las demandas de la sociedad actual, lo procedente no es que el texto de Gamboa se quede en los estantes de una biblioteca, lo deseable es su introducción en las discusiones académicas, así como en los planes de estudio principalmente de los futuros profesionales de la medicina, la enfermería y el trabajo social, no obstante, la obra no debería analizarse como un producto aislado, sino en el marco de las discusiones sobre los derechos humanos y la bioética que es donde la misma realmente cobra trascendencia. Más allá de la academia es forzoso que el producto sea conocido por los tomadores de decisiones, principalmente los formuladores de los libros de texto que se utilizan en la educación primaria y secundaria. En ese mismo sentido, no estaría de más que los formadores de opinión pública, tales como los comunicólogos y los líderes religiosos, leyesen la obra para que tomasen conciencia del sufrimiento que sus desgastados discursos causan a las personas que los mismos condenan con base en los razonamientos más irracionales.

Finalizamos invitando al público lector a enfrentar la obra y sacar sus propias conclusiones sobre su contenido y sobre el andamiaje teórico–metodológico sobre el que se sustenta.